

Educación para todos a lo largo de toda la vida

El mejor antídoto contra la guerra y la violencia, la educación. La educación que libera, que confiere esta “soberanía personal” que permite a cada persona dirigir con sentido su propia vida, que elabora sus propias respuestas y no actúa al dictado del inmenso poder mediático que hoy uniformiza y gregariza tantas conductas. Educación para no guardar silencio, para exigir una gobernanza guiada por valores universales y no por las veleidades del mercado. Que nadie espere la paz si no ayuda a corregir las causas de la guerra, si no contribuye, las manos y las voces unidas, a proclamar la radical igualdad y dignidad de todos los seres humanos, según establece el artículo 1º de la Declaración de Derechos Humanos.

Sólo a través de la educación, la ciencia y la cultura, se pueden originar conductas, actitudes y hábitos de conciliación, diálogo y tolerancia. Para construir cada día, ladrillo a ladrillo, la paz.

A veces, ante la magnitud de las necesidades y la precariedad de los medios, nos sentimos abrumados y nos invade la tentación de desistir. Tenemos entonces que recordar la voz serena de la Madre Teresa de Calcuta, que posee toda la fuerza de su portentoso ejemplo: “Sí: sois como una gota en el océano. Pero si esta gota no existiera, si esta gota se retirara, el océano la echaría de menos”.

Buena parte de los problemas y desafíos presentes proceden de carencias en la comunicación e interacción, fundamentos del proceso educativo, y hubieran podido evitarse o mitigarse si los ciudadanos tuvieran una visión global - ciudadanos del mundo – y supieran argüir en favor de sus propias posiciones y puntos de vista. La facultad distintiva de la especie humana es la creatividad, es la desmesura biológica que representa reflexionar, inventar, imaginar, anticiparse, innovar.

La educación es un medio poderosísimo para el descubrimiento y consolidación de nuestra identidad, de nuestra diversidad infinita pero también de nuestro destino común, para afianzar los fundamentos del espíritu, en momentos en que las brújulas intelectuales y morales son más apremiantes que nunca.

Llenemos de educación en valores tantos espacios ocupados hoy por los indeseables huéspedes de la confusión, la violencia, el sometimiento, la indiferencia; la educación como luminoso e iluminado camino hacia la paz, la emancipación de los seres humanos, el desprendimiento y la solidaridad.

Lo que hoy vivimos –y viviremos sin duda en mayor grado en el futuro- es la búsqueda angustiada de razones para vivir y no sólo de medios para vivir. Y esta búsqueda necesita la sinergia de la emergencia de una nueva cultura “que vaya más allá de reformas institucionales de la democracia para llegar a encontrar, en el corazón de los ciudadanos, los valores susceptibles de enraizarla definitivamente”.

El empeño de forjar una cultura de paz, en la cual el comportamiento cotidiano refleje los valores cívicos de tolerancia y amor al prójimo, pasa por un incremento sustancial de los recursos destinados a la educación. Sólo así podremos transmitir los valores, orientar las actitudes y elaborar

los dispositivos jurídicos capaces de sustituir con ventaja a los obsoletos andamiajes de la cultura bélica, que todavía se mantienen en pie, a veces por rutina, a veces por cobardía. El tránsito de una cultura de guerra a una cultura de paz implica un cambio radical de comportamientos y hábitos.

Si quieres la paz, ayuda a construirla cada día. La paz como comportamiento cotidiano.